la á conocer con precision y recordar lo que las leyes disponen al prescribir las reglas de que nunca puede desviarse el criterio judicial.

»Serian como las once de la noche del 6 de octubre último, cuando hallándose llamando á la puerta de la calle de la casa núm. 56 y 58 de la calle de la Montera el abogado don Santos de la Mata, que habitaba en clase de huésped en uno de los dos cuartos segundos, llegó el infortunado don José Lafuente que habitaba el otro, y abriendo con la llave de que estaba provisto, subieron reunidos, separándose despues al llegar á su respectiva habitacion.

»El inquilino del cuarto principal situado debajo del que Lafuente ocupaba, llamado don Carlos Guyet, y de oficio grabador, estaba trabajando, y oyó, no solo los golpes que Mata dice haber dado, sino el ruido que al subir produjeron en la escalera. Pasado muy corto rato advirtió que pisaban fuerte y por muy poco tiempo en la habitacion que está sobre la suya, que era la de Lafuente, con especialidad en el cuarto de atrás (donde este fue hallado cadáver), oyendo unas voces apenas inteligibles, que le hicieron cerrar todas las ventanas interiores de su casa y asomarse al balcon y llamar al sereno, que acudió con otros, á los que arrojó la llave para que pudieran entrar por el portal y subir, como lo verificaron.

»Esos serenos que allí acudieron, apenas sentidos los lamentos de Lafuente por el inquilino del cuarto principal, son Ventura Rebordero y Castañeira, de la calle de la Montera; Cipriano Benavente, de la del Caballero de Gracia; Nicolás Fernandez, de la de Hortaleza, y José Bada, sereno del comercio de la misma calle de la Montera. El segundo y tercero, Benavente y Fernandez, penetraron en el portal, subieron la escalera y empezaron á llamar en la puerta de la habitacion de Lafuente, quedando mientras custodiando la puerta de la calle para impedir que saliera nadie de la casa Rebordero Castañeira, el primero de dichos cuatro serenos, habiendo entrado por la tienda de loza que hay en la misma casa. El cuarto José Bada, para estar á la observacion de las ventanas que dan al patio, y que desde el sitio donde se colocó, se veian perfectamente, segun resulta de la diligencia estendida en la causa; porque es de advertir, que la casa comprende los dos números 56 y 58, en cuyo patio hay una pared de medianería de corta altura, que divide la parte que á cada una de las casas corresponde. Además, la dueña de la referida tienda doña Josefa Bañon, á impulsos de la curiosidad y del miedo, se colocó al lado del sereno Bada.

»Habian percibido tambien los lamentos ó voces ahogadas, don Manuel Alvarez Rodes, inquilino del otro cuarto segundo en que habita don Santos de la Mata, y cuando los serenos estaban situados de la manera referida, salió aquel de su cuarto, y viendo á los dos que custodiaban la puerta del cuarto contiguo, bajó la escalera y encontró en la de la calle muchos serenos que no dejaban subir á nadie, á pesar de lo cual consiguió que lo permitieran á dos oficiales y al zapatero Eustaquio Antonio Rodriguez, que era de quien se servia, y que resultó habitar en la calle del Caballero de Gracia.

»Tambien necesita recordar ahora el fiscal, que segun consta acreditado en solemne y formal diligencia al fólío 21 de la causa, en la habitacion del desventurado Lafuente no podia entrarse ni salirse mas que por la puerta que á ella da entrada ó arrojándose por las ventanas que dan al patio ó por el balcon de la calle. A todo lo cual se agrega lo que es importantísimo, para que ni por un instante siquiera pueda ser olvidado, que esa única puerta de entrada estaba asegurada por la parte interior con la llave corrida, el cerrojo echado y dos fuertes clavos que para mayor seguridad usaban introduciéndolos por los agujeros que al efecto tenia la puerta: siendo de tal modo innegable este hecho, que hasta la misma Clara Marina lo confiesa como cierto, reconociendo que quitó esas seguridades cuando abrió la puerta: asi como es tambien incuestionable, que la llave estaba echada, el cerrojo corrido, y los clavos puestos cuando los serenos acudieron á las voces del vecino del cuarto principal, y se situaron delante de la puerta de la habitacion de Lafuente, pues ninguno de aquellos advirtió el ruido que inevitablemente habria producido aquella operacion, si hubiese sido ejecutada cuando ellos estaban llamando, para que les franquearan la entrada.

»Colocadas todas las personas referidas de la manera ya espresada, haria como medio cuarto de hora que los dos serenos llamaban á la puerta de la habitacion de Lafuente, sin que nadie les contestase, cuando el sereno Bada y la dueña de la tienda de loza, doña Josefa Bañon, que segun queda referido, estaban á la observacion de las ventanas que dan al patio, advirtieron que andaban en una de ellas, por la cual arrojaron al patio un bulto, que resultó despues ser el cadáver de un hombre desconocido, descalzo y horriblemente degollado, y cuyos zapatos se encontraron en la habitacion del infeliz Lafuente debajo de una de tres mantas que sobre unas sillas estaban dobladas. Todavía trascurrió despues otro medio cuarto de hora, sin que nadie contestase á los serenos que á la puerta llamaban; pero pasado ese tiempo, siéntese de pronto descorrer la llave y el cerrojo y quitar los clavos que por dentro aseguraban la puerta, y se presentan los hermanos Marinas con las evidentes señales de su innegable criminalidad. No eran solamente sus ropas las que estaban manchadas de sangre; ensangrentadas tenia la cara y las manos Clara Marina, y tambien tenia ensangrentadas las manos su hermano Antonio, cuya camisa en la parte de la pechera estaba igualmente teñida de sangre.

»Penetra entonces en la habitacion el celador de los barrios de la Montera y Caballero de Gracia, en compañía de los serenos; la reconocen detenidamente, llevando la escrupulosidad hasta el extremo de subir á un sotabanco ó pequeño desvan, donde habia un rollo de estera, que tambien reconocieron, y solo el cadáver y nada mas que el cadáver del malogrado Lafuente fue lo que dentro encontraron, recogiendo dos navajas de media vara de largo cada una, y teñida toda de sangre la una de ellas.

»Y que ninguna otra persona habia dentro de aquella habitacion, horrible teatro de dos espantosos